

NUESTRO DIOS TAMBIÉN TOMA RIESGOS

Orville Swindoll

Toda persona, cuando emprende un negocio, cuando toma un empleo, cuando se casa y aun cuando sale de su casa para ir al trabajo, encara riesgos. Las cosas no siempre salen como habíamos anticipado. En verdad, gran parte de la aventura de la vida se experimenta por los riesgos asumidos. Con el tiempo y el desarrollo de la madurez, aprendemos a calcular nuestros riesgos a fin de minimizarlos, pero nunca podremos eliminarlos de la vida.

Es obvio, también, que Dios toma riesgos. Además, es obvio que las cosas no siempre le salen tan bien como hubiera esperado. La rebelión de Adán y Eva, la corrupción de la raza que ocasionó el gran diluvio en el tiempo de Noé, el triste pecado de David y tantos otros casos que leemos en las Escrituras no ocurrieron según el plan divino y entristecieron a Dios, porque no era lo que esperaba de los seres humanos que había creado con tanto amor.

Podemos entender que el riesgo mayor que asumió Dios era la encarnación: el nacimiento de Jesús a la virgen María. Décadas después del gran evento singular, el apóstol Juan lo describió así:

«El Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros. Y hemos contemplado su gloria, la gloria que corresponde al Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:14).

Pero la decisión de depender de una mujer pobre de un pueblo subyugado para gestar la simiente en su seno durante meses y luego cuidarlo en condiciones no siempre muy sanitarias implicó riesgos serios. Además, ¿cómo reaccionaría José frente a la responsabilidad de criar y educar a un hijo que no había engendrado? ¿Cómo reaccionaría el cruel rey Herodes cuando se enterrara de que otro rey había nacido bajo su jurisdicción? ¿Qué pasaría con el hijo pequeño en la tierra extraña de Egipto? ¿Cómo manejaría su familia en una cultura cerrada y tradicional frente a las murmuraciones de que el primer nacido era bastardo?

Podemos imaginar un sinfín de riesgos en la crianza del niño Jesús. Sería un error suponer que había siempre un aureola de gloria rodeando a ese niño, como para protegerlo de toda posibilidad de contaminación. No fue así. El apóstol Pablo nos dice que cuando Cristo vino a este mundo, *«se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo ... haciéndose semejante a los seres humanos»* (Filipenses 2:7). De esa manera determinó no contar con sus maravillosas atribuciones divinas para enfrentarse con el

mundo nuestro. Más bien, tomó su lugar al lado nuestro y se limitó a los mismos recursos que tiene a su alcance cualquier persona pobre de esta tierra.

¡Eso sí que es maravilloso! ¡Qué historia de amor y condescendencia! Es la historia verídica de la Natividad, del nacimiento y luego el crecimiento de nuestro Señor Jesús. Es la realidad que abre ante nosotros posibilidades que ni pudiéramos haber soñado sin el hecho histórico de la encarnación de Cristo. Hebreos 4:15–16 señala algunos de los enormes beneficios que son nuestros por el hecho de que el eterno Hijo de Dios bajó a nuestro mundo, tomó nuestro lugar y venció el pecado, la tentación, las trampas del diablo y la muerte, triunfando victorioso en su resurrección:

«Porque no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado. Así que acerquémonos confiadamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar la gracia que nos ayude en el momento que más la necesitemos.»

Demos gracias a Dios por los riesgos que asumió al enviar a su Hijo a este mundo, para que pudiéramos ser libres de pecado y gozar de la vida eterna.